

EL TIEMPO VIVIDO

CATHERINE BAILEY



Hasta que nos volvamos a ver

LA HISTORIA DE UNA MADRE, SUS HIJOS DESAPARECIDOS
Y EL COMLOT PARA MATAR A HITLER



CRÍTICA

CATHERINE BAILEY



Hasta que nos volvamos a ver

La historia de una madre, sus hijos
desaparecidos y el complot para matar
a Hitler

Traducción castellana de
Efrén del Valle

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2021

*Hasta que nos volvamos a ver. La historia de una madre, sus hijos desaparecidos
y el complot para matar a Hitler*

Catherine Bailey

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Lost Boys. A Family Ripped Apart by War*

© Catherine Bailey, 2019

La edición original en inglés fue publicada por primera vez por Penguin Books Ltd, London.

© de la traducción, Efrén del Valle, 2021

Mapas: Ian Moores

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-329-2

Depósito legal: B. 9.431-2021

2021. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Una inclemente noche de aquel mes de diciembre, un coche avanzaba por Herrengasse, dejando atrás los esqueletos chamuscados de casas que pertenecían a los habitantes más adinerados de Innsbruck. Esbelto y negro y con una capota larga, el número de matrícula y la mirada azul de sus faros lo identificaban como propiedad de la Gestapo. En la esquina con Rennweg, al pasar por una bóveda de poca altura el coche dobló a la derecha y los neumáticos patinaron sobre la nieve.¹

Es imposible conocer la hora exacta, e incluso el día. Los documentos oficiales relacionados con el terrible propósito de aquel viaje serían destruidos meses después de que se produjeran los hechos.

El coche se dirigía al este. Cuando estaban a punto de salir de la ciudad, el conductor, que llevaba el uniforme gris de las Waffen-SS, enfiló la Reichsstrasse 31, la carretera que surcaba el valle del Eno en dirección a la frontera alemana. Su misión era tan secreta que esperó a que oscureciese para salir del cuartel general de la Gestapo. Debido al apagón eléctrico, no había peligro de que otros conductores o transeúntes distinguieran a dos de sus pasajeros. Eran tan pequeños que ni siquiera se les veía la coronilla a través de la ventana.

Alargando el cuello, el conductor podía ver a los niños por el espejo retrovisor. Iban sentados junto a una enfermera de las SS, su acompañante durante el trayecto. Tenían dos y cuatro años, los ojos azules y el cabello rubio, que les caía formando largos rizos. Ambos llevaban abrigos de lana

20 tejidos en casa y demasiado grandes para ellos, como si alguien esperara que al crecer fueran a llenarlos.²

Al salir de la ciudad por una carretera larga y recta que atravesaba el centro del valle, el coche cogió velocidad. A su alrededor se veía el paisaje helado, iluminado por el reflejo de la luna sobre la nieve. A ambos lados, unos campos anchos y llanos se extendían hasta la base de las montañas, que se elevaban miles de metros por encima del valle. En la propia carretera, una estrecha franja negra en medio de aquella blancura, no había nieve.³ Tras unas intensas nevadas, se desplegaron tractores y máquinas quitanieves para despejarla. Los oficiales del Alto Mando de la Wehrmacht la utilizaban con frecuencia. Era la ruta más rápida entre el norte de Italia, donde el ejército alemán había sufrido varias derrotas, y el cuartel general de Hitler en Berchtesgaden.

Los niños apiñados en el asiento trasero eran hermanos. Oficialmente no pertenecían a nadie. Tres meses antes, después de arrebatárselos a su madre, las SS les habían dado identidades nuevas. Por orden de Heinrich Himmler, el Reichsführer-SS, el Ministerio de Interior había proporcionado los documentos necesarios. Se habían emitido nuevas partidas de nacimiento con nombres falsos y fechas y lugares de origen inventados, lo cual permitía a las SS ejercer de guardianes legales de los niños robados. Ahora eran los hermanos «Vorhof». El ministerio había bautizado al mayor «Conrad» y al pequeño «Robert».

Más adelante, en los campos acechaban extrañas formas cubiertas de nieve y envueltas en la mirada azul de los faros del coche. Las vías que discurrían paralelas a la carretera eran la principal ruta de abastecimiento del ejército alemán en Italia, y los estadounidenses llevaban semanas bombardeándolas. Los sembrados estaban cubiertos de escombros. Había vagones de tren volcados que derramaban su contenido cubierto de nieve, los restos de un avión abatido, identificable solo por la punta de las hélices, y en aquella zona escasamente poblada, el repentino y austero interior de las casas que habían perdido una pared a causa de las bombas.

Aquel mismo día, la Gestapo había recibido la orden de recoger a los niños. Con la calificación de alto secreto, la directriz había llegado de la Oficina Central de Seguridad del Reich, el cuartel general de Himmler en Berlín. Los niños debían ser trasladados a un orfanato gestionado por los nazis en Wiesenhof, una pequeña aldea situada en los Alpes, por encima de Innsbruck.

El trayecto no era largo. Después de abandonar la carretera del valle a la altura de Hall, una próspera ciudad medieval situada a unos trece kilómetros de Innsbruck, el coche puso rumbo a las montañas. Desde allí había cinco minutos hasta el orfanato.

La carretera salía de la ciudad describiendo una fuerte pendiente. A la derecha, detrás de un muro largo, había un antiguo monasterio reconvertido en hospital psiquiátrico. Sus terrenos albergaban las tumbas de más de doscientas víctimas recientes del programa nazi de eutanasia. Hombres, mujeres y niños de entre catorce y noventa años habían sido asesinados por la Gestapo por ser mental o físicamente discapacitados.⁴

Subiendo la montaña había granjas a ambos lados de la carretera. Eran las afueras de Absam, un pueblo de unos 1.200 habitantes, con un noventa y ocho por ciento del Partido Nazi.⁵ Las casas estaban hermosamente decoradas al estilo alpino. De los frontones colgaban tallas de madera, una tradición centenaria del Tirol, y en las paredes había murales de escenas religiosas. En algunas aparecía la santa patrona Maria Schutz, protectora de las familias, rodeando con sus brazos a los niños que cobijaba bajo su largo manto. En el centro del pueblo habían plantado recientemente dos tilos frente a la escuela.⁶ Eran un regalo de Franz Hoer, el Gauleiter* nazi del Tirol, por la lealtad que mostraba la comunidad al partido. En la mitología pagana que habían adoptado los nazis, el tilo era un árbol sagrado y un símbolo de justicia.⁷ Tradicionalmente, los juicios se celebraban

* Líder regional del Partido Nazi.

22 debajo de sus ramas. Se creía que el árbol ayudaría a hacer aflorar la verdad.

Por encima de Absam, la carretera serpenteaba a través de un bosque. Luego, al llegar a una meseta en la que en verano salía a pastar el ganado, se estrechaba a un solo carril. Allí, la nieve permanecía intacta y el viento que soplaba desde el valle formaba montículos ondulantes. Al otro lado, una enorme roca se elevaba cientos de metros hasta la cima del monte Bettelwurf. La carretera seguía los contornos de la roca hasta que al tomar una curva —en la que alguien había construido un santuario a la Virgen María— se divisaba el orfanato.

Bajo la tenue luz de la luna, el conductor de la Gestapo reconoció su silueta; solía llevar a los niños cuando ya era de noche.⁸

La casa estaba a oscuras y las ventanas tapadas. En la parte trasera se veía el torreón gótico de cuatro pisos de altura.

Pese a sus aires de grandeza, desentonaba en aquel entorno. Acorralada por la imponente montaña y el bosque que la rodeaba por tres flancos, su forma alargada y estrecha resultaba poco atractiva. En el exterior, pintado de blanco, unas grandes cruces negras de madera formaban un patrón. En las plantas superiores sobresalía un tejado a dos aguas, que oscurecía las ventanas y daba a la casa un aire amenazador. La puerta principal, hecha de roble grueso y oscuro, era pequeña en comparación con el resto del edificio. Encima de la puerta, estarcido en grandes letras góticas, se leía el nombre del orfanato: *Wiesenhof*. La granja del prado.

Para los habitantes de las aldeas y las granjas aisladas de la meseta era una casa «maldita» y «encantada» que traía infortunio a quien estuviera asociado a ella.¹ En su día había sido un pabellón de caza, construido a principios del siglo XIX por un aristócrata acomodado que hizo fortuna con las minas de sal cercanas.² En 1878, su familia se la vendió a un promotor inmobiliario que quería abrir un balneario de lujo. Después de tender una canalización desde las minas para ofrecer manantiales de agua salada, amplió *Wiesenhof* y construyó un segundo hotel en la finca. Pero se quedó sin dinero antes de terminar las obras y, en 1899, cuando el banco le reclamó la deuda, se suicidó.³

En la década posterior, una serie de propietarios habían intentado —sin éxito— resucitar el balneario.⁴ Poco antes de la primera guerra mundial lo compró Siegmund Weiss, un rico empresario judío de Viena, que se lo arrendó a la Asociación de Antroposofía, fundada en Viena por el místico y supuesto clarividente austríaco Rudolf Steiner. La antroposofía era un movimiento espiritual que quería fomentar el bienestar físico y mental por medios naturales y, en los años treinta, Wiesenhof se había convertido en uno de los destinos turísticos más en boga de toda Europa. Gestionado por los discípulos de Steiner, ofrecía una variedad de tratamientos alternativos y era visitado por estrellas internacionales, aristócratas y miembros destacados del Partido Nazi.

Pero la «maldición» de Wiesenhof lo azotó de nuevo en 1938 después de que Alemania invadiera Austria. En los meses posteriores al Anschluss, miles de judíos fueron detenidos en Viena, donde vivía la familia Weiss. Solo la noche del 10 de noviembre apresaron a 8.000. Aquella misma noche, otros 680 se suicidaron o fueron asesinados.⁵ Walther Eidlitz, el nieto de Siegmund Weiss, recordaba a «las muchedumbres que llegaban por los puentes del Danubio y a los hombres alzando los puños amenazadoramente hacia los muros de las casas y gritando rítmicamente: “¡Muerte a Judá! ¡Muerte a Judá!”». ⁶ Poco después huyó del país, pero su madre, que había pasado su infancia en Wiesenhof, fue detenida y enviada al campo de concentración de Theresienstadt, donde murió en 1941.⁷

En ausencia de los propietarios judíos del balneario, líderes nazis e invitados adinerados de toda Europa siguieron disfrutando de su rutina sibarita. Sin embargo, según recordaba el director, Rudolf Hauschka, la anexión de Austria puso el centro vacacional en «grave peligro»: «Siempre eras consciente de que vivías en un oasis que en cualquier momento podía ser arrasado por una tormenta de arena». ⁸ A la postre, sus temores serían fundados.

Un acontecimiento que Hitler llegaría a considerar uno de los golpes más duros de su vida, y que los investigadores relacionaban con Wiesenhof, propiciaría la transformación de aquel balneario de lujo en un orfanato regentado por los nazis.

Todo empezó con la controversia que rodeaba al arrendamiento a los antroposofistas tras la conquista de Austria por parte de los alemanes.

Tres años antes, la facción antiocultista del Sicherheitsdienst, el servicio de seguridad nazi, había prohibido la Asociación de Antroposofía.⁹ Sus opositores incluían a Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda del Reich; Reinhard Heydrich, el jefe de la Gestapo; y Martin Bormann, el secretario privado del Führer. Tachando a la asociación de secta peligrosa controlada por judíos que, a través de sus vínculos con comunistas y francmasones, participaba de una tenebrosa conspiración internacional que amenazaba al pueblo alemán, querían erradicar por completo el movimiento. Pero la Asociación de Antroposofía contaba con defensores igualmente poderosos en el Partido Nazi, entre ellos Rudolf Hess, el lugarteniente de Hitler, y Otto Ohlendorf, un general de las SS.

En los años treinta, tanto Hess como Ohlendorf —que más tarde sería juzgado en Núremberg por el asesinato de 90.000 judíos— frecuentaban Wiesenhof.¹⁰ Aunque no respaldaban formalmente las doctrinas de Rudolf Steiner, ambos consideraban que ciertos aspectos de la antroposofía eran compatibles con los principios nacionalsocialistas, en especial las ideas de Steiner sobre la agricultura biodinámica.¹¹ En los huertos y campos que rodeaban Wiesenhof, la tierra se cultivaba empleando esos métodos. La siembra y la cosecha se regían por principios astrológicos y se utilizaban varios tratamientos homeopáticos como alternativa a los fertilizantes y los pesticidas.

Para Heydrich y Goebbels, aquello no era más que «pabrería ocultista».¹² Pero, dado que la Asociación de Antroposofía contaba con la protección de Hess, no pudieron eliminarla. Aunque seguían difundiendo rumores sobre la

26 «prominencia del elemento israelita» y los «saboteadores y antagonistas encubiertos», indicaron a sus agentes que procedieran con cautela.¹³ No debían tomar medidas contra Wiesenhof, sino someterla a una intensa vigilancia.¹⁴

Para hacerlo, la Gestapo recurrió a los trabajadores de la casa. Un gran número de jardineros, sirvientas y demás personal necesario para mantener los lujosos criterios del balneario eran de Absam, un pueblo cercano recompensado por el Gauleiter del Tirol por su lealtad al Partido Nazi. Según los informes de los residentes, la Gestapo infiltró a sus agentes en la clínica. «A pesar de que cultivamos unas excelentes relaciones con los vecinos, los chismorreos continuaron», recordaba Rudolf Hauschka. «Notábamos la desconfianza en cada esquina, y luego nos enteramos de que unos informantes, haciéndose pasar por pacientes, observaban lo que hacíamos.»¹⁵

Lo que los motivó a informar a la Gestapo de lo que sucedía en Wiesenhof fueron sus prejuicios contra los propietarios judíos de la clínica y su desconfianza hacia las ideas ultramodernas que practicaban los antroposofistas. «Aquí todo está mal», murmuraban. «No va con nosotros.»¹⁶ En una comunidad de católicos devotos cuyas familias habían trabajado en las minas de sal desde el siglo xv, aquel antisemitismo tan arraigado se vio reforzado por la propaganda nazi. En la misa dominical les decían que los judíos habían asesinado a su dios. Al otro lado del valle, en el municipio de Rin, la iglesia llevaba el nombre de Anderl, un niño de tres años «asesinado» por judíos en la Edad Media. Su muerte, representada en un horripilante cuadro colgado en la iglesia, formaba parte del folclore del Tirol.¹⁷ En las aldeas, atrasadas y encerradas en sí mismas, muchos seguían creyéndose el mito de que los judíos habían utilizado la sangre del niño para hacer matzá para el Pésaj.

Con la connivencia de los aldeanos, el movimiento final de la Gestapo contra la Asociación de Antroposofía llegó en la primavera de 1941.

El 18 de abril, Rudolph Hess llegó a Wiesenhof, donde pasaría el fin de semana.¹⁸ Para intentar eludir a la Gestapo,

había hecho la reserva bajo un nombre falso. Una noche durante su estancia, Hess, que se rodeaba de astrólogos y estaba interesado en el misticismo y el ocultismo, organizó una sesión espiritista en su habitación. Celebrada con el máximo secretismo, la sesión contravenía directamente la prohibición de las prácticas ocultistas impuesta por Hitler. «Los investigadores ocultistas del más allá con inclinaciones místicas no deben ser tolerados», sentenció el Führer en otoño de 1938. «No son nacionalsocialistas; no tienen nada que ver con nosotros.»¹⁹ Por medio de sus informantes, la Gestapo se enteró de lo sucedido durante la sesión. Según sus archivos, los participantes habían invocado al fantasma de Bismarck, el hombre de Estado prusiano que unificó Alemania y creó un poderoso imperio en las últimas décadas del siglo XIX.²⁰ Le habían preguntado a su espíritu cómo acabaría la guerra. Su respuesta, «expresada sobre la tabla ouija», fue que Hitler perdería la contienda y acabaría recluido y que Alemania se sumiría en un nefasto infortunio.

Tres semanas después, el 9 de mayo, Hess viajó solo y sin previo aviso a Escocia en una quijotesca misión para negociar la paz con Gran Bretaña. El viaje, que se produjo solo unas semanas antes de la Operación Barbarroja, el plan para invadir la Unión Soviética, llegó en un momento delicado para el régimen y, en cuanto se dio a conocer, empezó la búsqueda de una explicación plausible que le permitiera guardar las apariencias.²¹

La historia, avivada por los informes de la Gestapo sobre la sesión de espiritismo y por la conmoción de Hitler ante semejante traición por parte de uno de sus amigos más próximos, se centraba en la susceptibilidad de Hess a las doctrinas y prácticas ocultistas. Hans Frank, el ministro del Reich, estuvo presente en la reunión convocada el 13 de mayo para abordar la crisis. «Hitler estaba claramente afligido. Hacía tiempo que no lo veía y me inquietó mucho su talante depresivo. Hablaba en voz muy baja y titubeante [...]. Describió el viaje como una locura absoluta y creía que un astrólogo había engatusado a Hess. “Ya es hora de acabar con esa sandez de la astrología”, dijo.»²²

Al día siguiente, el secretario privado de Hitler envió un telegrama a Heydrich, el jefe de la Gestapo: «El Führer desea que se tomen medidas muy severas contra ocultistas, astrólogos, curanderos y todos aquellos que lleven a la gente por el camino de la estupidez y la superstición».²³ El resultado fue la Aktion Hess, una purga de los denominados «practicantes de lo oculto».²⁴ Cientos de personas fueron detenidas e interrogadas, entre ellas sanadores espirituales, adivinos, grafólogos y fieles de la ciencia cristiana, y se prohibieron todas las organizaciones «ocultistas», con especial énfasis en la Asociación de Antroposofía.

El 9 de junio de 1941, la Gestapo practicó una redada en Wiesenhof. «De repente aparecieron varios coches de policía y al momento el sanatorio quedó rodeado de oficiales de la Gestapo», recordaba Rudolf Hauschka. «Empezaron a registrar exhaustivamente la casa y se llevaron en camiones el contenido de la biblioteca, las oficinas y la sala de contabilidad. Mi biblioteca científica, que contenía obras estándar sobre química, botánica y anatomía, también fue requisada. Cuando pregunté por qué me quitaban unos libros que no estaban prohibidos, respondieron: “Para nosotros, todo lo que usted lee es sospechoso”».²⁵

Aquel mismo día, Hauschka y sus compañeros fueron detenidos y trasladados a la cárcel de la Gestapo en Innsbruck.

Poco después colgaron un cartel alrededor de la finca de Wiesenhof: *In Dem Deutschen Reich Einverleibt* («Incorporado al Reich alemán»)²⁶. Al cabo de unos meses, el lugar se convirtió en un bastión de las SS.²⁷ En el bosque que se extendía debajo de la casa construyeron un cuartel para hospedar a miles de soldados de montaña y, a fin de recompensar a los compinches del partido, se incautaron de varias propiedades. A Franziska Kinz, una actriz muy admirada por Hitler y Goebbels, le regalaron una granja con espectaculares vistas al valle del Eno.

Tras permanecer vacía durante ocho meses, Wiesenhof fue utilizada para alojar a altos mandos de las SS que servían en el nuevo cuartel hasta que, en otoño de 1942, fue trans-

ferida al Nationalsozialistische Volkswohlfahrt (NSV), la organización estatal para el bienestar del pueblo.²⁸

Fue entonces cuando se convirtió en un orfanato para niños de entre dos y doce años.

Sabemos muy poco de la época en que Wiesenhof era un hogar de menores regentado por los nazis. Se dice que allí había más de sesenta niños; un porcentaje importante de ellos habían sido robados por las SS, que les dieron identidades falsas.²⁹ Las familias de la zona, que mostraron lealtad a la Gestapo mientras la casa y sus terrenos fueron arrendados a la Asociación de Antroposofía, habían seguido trabajando allí.³⁰ Cuando acabó la guerra, el temor a posibles represalias llevó a esas mismas familias a borrar las huellas de todo lo sucedido y a destruir los archivos relacionados con el orfanato.

El resto de sus vidas, los lugareños que trabajaban en Wiesenhof guardaron silencio sobre el trato que recibían los niños y las condiciones del lugar.³¹ Nunca hablaron de ello, como tampoco lo hicieron los habitantes de los pueblos cercanos, quienes como mínimo debían de conocer su existencia. Era como si el lugar nunca hubiera existido. En los años sesenta, el edificio fue requisado por el Estado austríaco y convertido en una academia de policía. Actualmente, en esa pequeña aldea hay gente —residentes desde hace treinta años o más— que vive a solo unos metros de la academia y no sabe nada de su historia anterior. Según el testimonio de una mujer: «Nadie nos había contado nunca que era un orfanato de las SS. No sabíamos que estaba allí».³²

Pero no cabe duda de que muchos sabían de su existencia. En algunos de los hermosos chalets que salpican la llanura situada a los pies del monte Bettelwurf y en el pueblo de Absam todavía hay pruebas de que eso era así. Cuando el orfanato fue clausurado al terminar la guerra, los lugareños lo saquearon. Algunos de sus descendientes aún conservan las toallas que se utilizaban para secar a los niños después del baño. Son de color azul y rosa y llevan inscritas las

30 iniciales NKWD, el ministerio nazi que gestionaba Wiesen-
hof.³³

Solo perdura un destello del interior. Una mujer de la zona que visitó la casa después de la guerra recuerda haber visto las camas en las que dormían los niños.³⁴ Estaban decoradas con pinturas de bosques y flores y dispuestas al estilo de las residencias universitarias en el antiguo comedor situado en la parte trasera del edificio. Fue en aquella espaciosa sala de techo alto y con cinco ventanales donde los impopulares invitados de Wiesenhof, Hess y Ohlendorf, el general de las SS y asesino de 90.000 judíos, cenaron antes de que la Gestapo clausurara el balneario.

Los nombres de los niños que dormían noche tras noche en las hileras de camas pintadas se han perdido. Sus captores destruyeron los archivos que contenían la información —su edad, los alias que les habían asignado las SS y sus características individuales— porque querían que sus historias cayeran en el olvido.

Los hermanos «Vorhof» son la única excepción. Ante la amnesia deliberada y colectiva que se cernió sobre aquel rincón del Tirol una vez acabada la guerra, sobrevive un fragmento de memoria gracias a Frau Buri, que era la jefa de enfermeras del orfanato cuando la Gestapo entregó a los niños.

En las semanas posteriores a su llegada, Frau Buri vigiló de cerca a los hermanos «Vorhof».³⁵

Según explicó, Conrad, el de cuatro años, era tímido y bastante nervioso y siempre lloraba cuando lo acostaban. En cambio, Robert, el de dos años, pareció adaptarse al orfanato con mucha menos dificultad y con los días empezó a jugar alegremente con los demás niños. A ella y al resto de los trabajadores los impresionó cómo protegía y cuidaba Conrad a su hermano pequeño. Por las mañanas ayudaba a Robert a vestirse e incluso le ataba los cordones de los zapatos.³⁶

Su aspecto angelical y sus impecables modales los distinguían de los otros niños. Siempre decían «por favor» y

«gracias».³⁷ Al cabo de unas semanas, la curiosidad de Frau Buri era cada vez mayor. Se preguntaba quiénes eran aquellos niños. La entrada del registro, cumplimentada la noche de su llegada, simplemente decía «hermanos Vorhof, Conrad y Robert: madre detenida». Sabía que «Vorhof» era un alias; las SS siempre les cambiaban el nombre a los niños más pequeños y nunca facilitaban información sobre quiénes eran o por qué estaban retenidos. Pero a ella y a otros empleados les costaba creer que la madre fuera una delincuente común, puesto que los niños les habían contado que vivían en una «casa grande» y tenían caballos.

Un día oyó a los niños hablando entre ellos. Para su sorpresa, parecían alternar sin esfuerzo tres idiomas distintos: alemán, inglés e italiano. Ella había dado por hecho que el alemán era su lengua materna; los niños lo hablaban con fluidez y sin ningún acento. Por supuesto, era posible que uno de sus progenitores fuera inglés o italiano, pero oírlos hablar en tres idiomas era desconcertante. Y había otra cosa: los abrigos de los niños, obviamente rehechos utilizando el de un adulto, le resultaban de lo más inusuales. La tela, de un singular azul de Prusia oscuro, tenía el mismo color y textura que los gabanes de los oficiales de la Armada alemana.³⁸

Intentó interrogar a los niños. Les preguntó cómo se llamaban. «Robert» le dijo que su nombre era Robertino, pero Conrad respondió que había olvidado el suyo. Frau Buri no le creyó. «Cualquier niño de cuatro años sabría su nombre», pensó, así que llegó a la conclusión de que «Conrad» estaba ocultando la verdadera identidad de ambos hermanos. No es que lo hubiera olvidado; simplemente no quería decirlo.³⁹